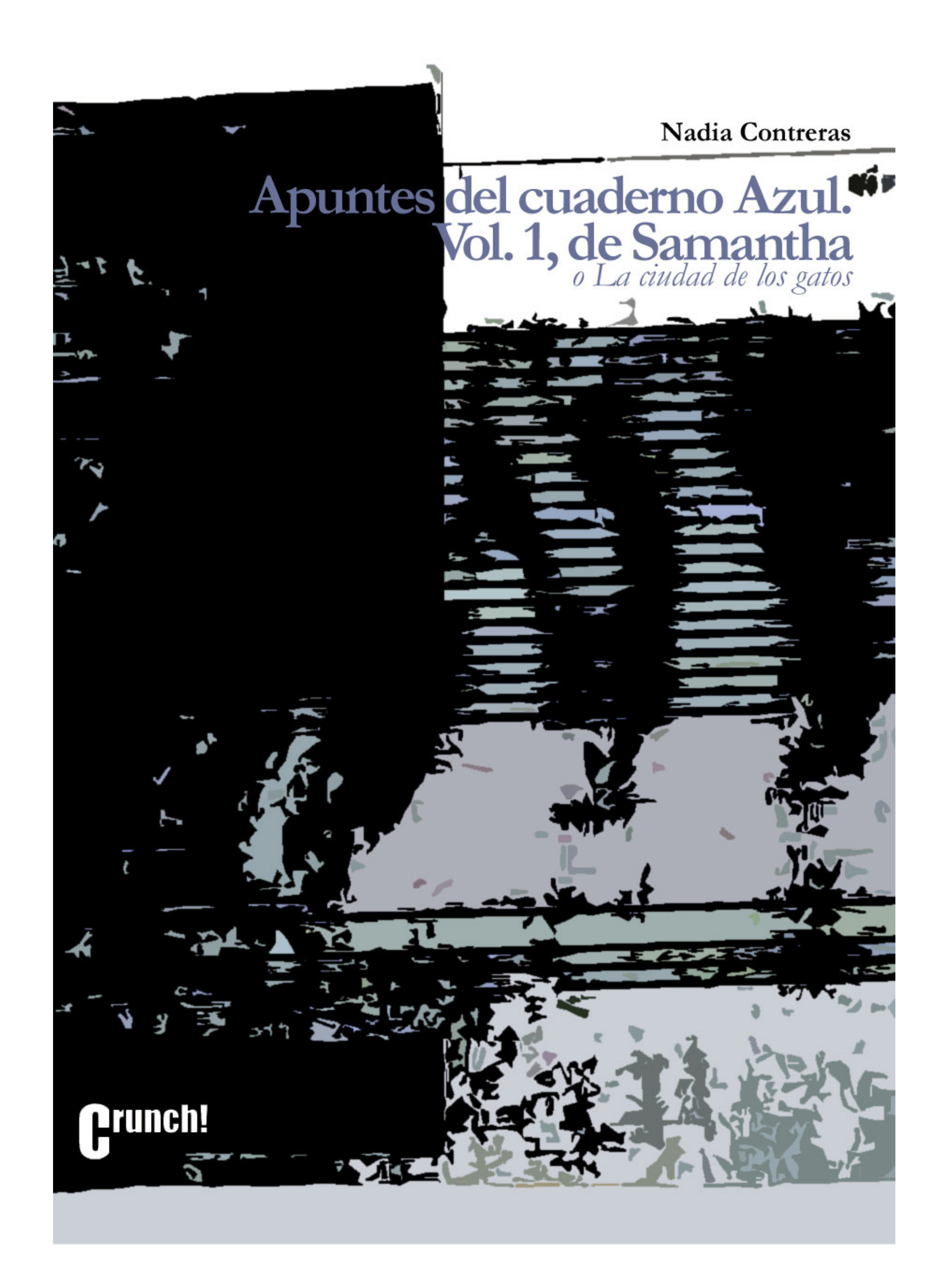


Nadia Contreras
Apuntes del cuaderno Azul.
Vol. 1, de Samantha
o La ciudad de los gatos
Crunch!

Nadia Contreras

Apuntes del cuaderno Azul. Vol. 1, de Samantha o La ciudad de los gatos



Arista 1443, Segunda Sección
21100 Mexicali, B.C.

A Snarf,
que con su maullido dirige las sombras.

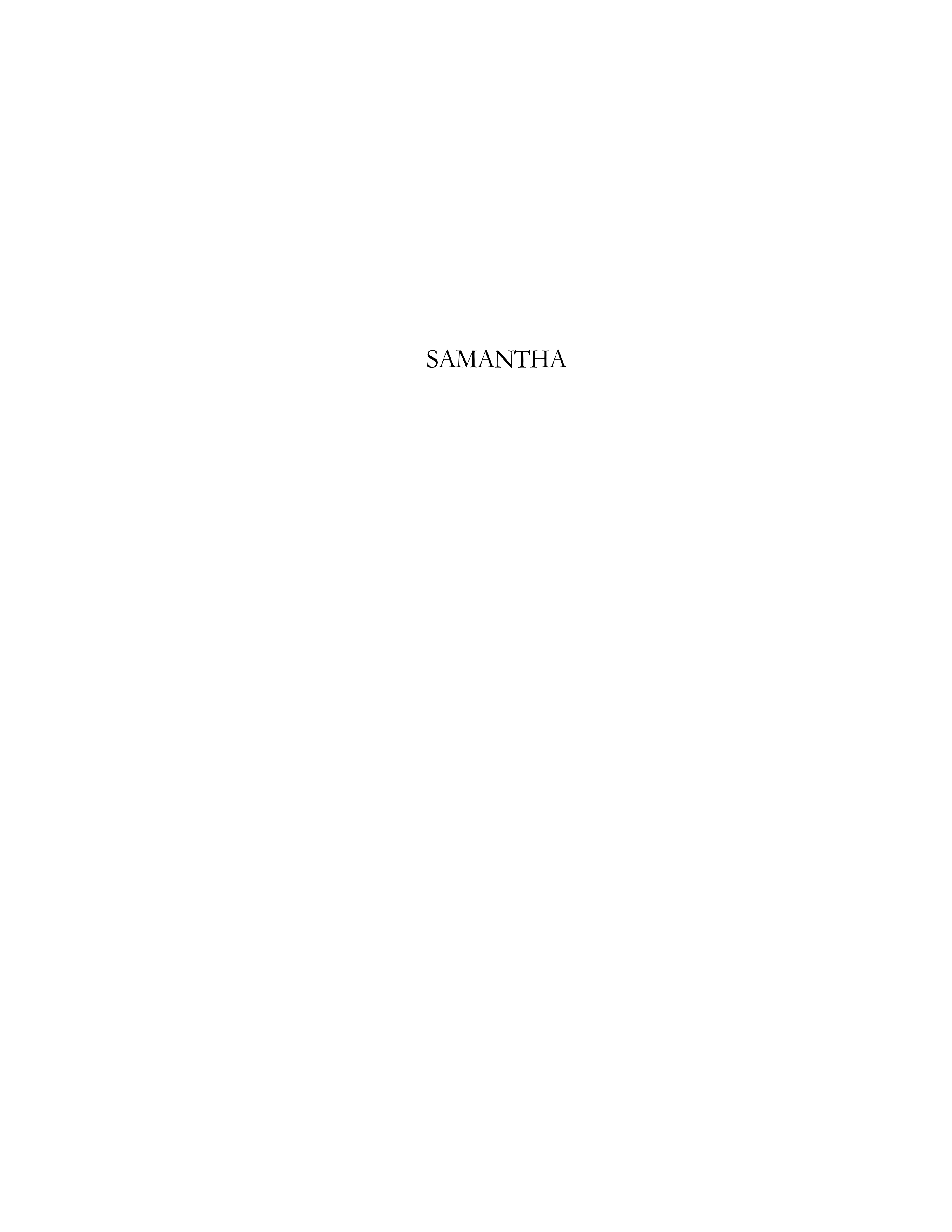
A Ámbar,
dueño ahora de nuestra casa.

A Jayme,
que le gusta jugar con los gatos

A mis padres: Francisco y Graciela,
en el amor y la distancia.

La ciudad de los gatos y la ciudad de los hombres existen una dentro de otra, pero no son la misma ciudad.

Italo Calvino



SAMANTHA

La casa se vino abajo, mi jardín, mi cuerpo.
Vestida de blanco como una novia,
dijiste que después de los amores furtivos,
seríamos tú, yo, los gatos.
¿Qué pasó luego?
Vinieron los años, uno detrás del otro; la enfermedad
a reventar la vida.

Cuando tú llegaste, Samantha, tristemente estaba muy lejos.

Samanta y yo nos conocimos a causa de los gatos
y la obsesión esa por las escaleras, su altura, el abismo.
Después ya nadie pudo parar nuestro sueño.
Éramos tan alegres, tan ansiosos.
Yo nunca soñé con hijos caídos del cielo
pero la luna era una bestia y los gatos en celo.
Nuestros gatos.
Mientras Samantha se desvestía,
yo me dejaba caer cobijado con sus brazos, sus rodillas.
Cómo añoro su portento inasible:
la mitad mujer,
la mitad del hombre que era.

Comenzaré a dibujar en la punta del cielo, junto a las montañas, arriba del sol. Mi lápiz es como la luz y la luz son las nubes, las gaviotas. Dibujaré también los árboles y mi sonrisa. ¿Por qué no he dibujado mi sonrisa? Tampoco he dibujado mis ojos, mis piernas amargas. Aún así, el cielo es una lombriz, o un gato, su paso de esponja por los aires.

A mi madre nunca le gustaron los gatos, son de mal agüero –decía– cuando la vida para mi padre era un gato dormido entre las piernas. "Lárgate de una vez por todas" –gritaba–, cuando los corredores eran un maullido cada vez más lejano. Hoy mi madre ha vuelto y dice que la casa es inmensa y está nublado como aquella tarde en que me pidió la olvidara un poco. Nada encuentra sucio, nada desordenado por la tristeza y la incertidumbre. Y el gato, el mismo gato que nadie convence de quedarse, luce espléndido junto a sus pies pequeños.

En el umbral de mis arterias,
el gato retoza en sombras.
Me huele,
se unta en mi cuerpo como un ardor,
como un relámpago
antes del vértigo de la ausencia.
El gato reclinado "contra la soledad" avanza.
Cada respiración: un misterio.
Pero sólo afuera,
en ese afuera
donde la tarde se cumple en llamaradas,
la otra que soy camina
–parda frente al espejo de su imagen–
sin mirar atrás.

Qué será aquello que nos cambia,
escépticos, escasos de lágrimas y besos
No más el lugar de la caricia.
Se nos entrometió el aire,
el poder de tu boca en la mía
tan húmeda, tan violenta.
Es verdad,
el amor nunca dura más de lo pensado,
ni el cuerpo en la casa antigua de la soledad.
¿El amor?
o súbitamente el grito
de caminar desnuda por el tiempo.

Hay días que nada tienen qué ver
con los pájaros del sueño.
Éstos, que sin necesidad de invocar los nombres amados
abren sus alas
en el reflejo oscuro de la luz.
Alguien debió quitarse la máscara del aburrimiento, Samantha;
alguien destruir los manuscritos:
las páginas que escribí cuando era niña.

Pasé de largo al igual que la sombra.
Tú estabas de pie en el umbral.
Dos horas después
la ciudad era nuestra: los edificios, los gatos
bajo la soledad oscura.
Algo nacía entre nosotras, sí, semejantes, parecidas.
Yo era perfecta o más bien natural para dormir
contigo al lado y soñar extraños paisajes, un lobo,
una casa cercana al río.

Nunca como entonces al amor fue tan ciego, tan querido.

Cómo decir que las palabras se me caen, los lentes.
No cabe duda: debajo de la piel
otra se quiebra como un cántaro de agua:
Qué debo hacer para detener la partida,
mujer *envuelta por el sol, con la luna bajo los pies*.
¿No somos acaso la misma, Samantha,
la misma cabeza, los mismos corazones helados?

Difícil es soñar, invocar a los ángeles, conducirnos lentamente bajo la noche suspendida. Somos más bien el arrebato, un cielo abatido por las alas. Mira aquí el féretro, cómo lo habita el hedor, la pesadilla. Un paso más y podré de un zarpazo sacarte los ojos.

Yo era la anterior, Samantha, era el mundo.
Nadie entonces leía las cartas del infortunio.
Ascendimos montañas,
infinito el viaje del horizonte.
Después hubo fulgores –recuerdas–,
el muchacho aquel que habló de la herida
como una ofrenda posible.
Mas no basta sólo el amor.
Otra abrió paso entre el jardín nocturno de los sueños.
Otra, la enmascarada,
que vino a coronarme Reina del país de los vencidos.

ASCENDENCIAS / DESCENDENCIAS

A Alejandra,
que inspiró buena parte de esta historia

No atestiguo por ti en ninguna zoológica subasta
donde serías siempre la extranjera.
Apuesto por tus venas anudadas al enigmático torbellino de otros astros.

Olga Orozco

[Nota introductoria al libro Azul de Samantha]

Ayer me pregunté qué será de estos diarios. Si muriese, ¿qué haría con ellos? Se sentiría remiso a quemarlos; no podría publicarlos. Bueno, podría entresacar lo suficiente para hacer un libro, y quemar el resto. Me atrevería a decir que en este diario se contiene un librito, siempre y cuando se puliera un poco el texto.

Virginia Woolf, *Diario de una escritora.*

I

Primitiva en las cosas del amor
Asciendo a la noche
De los deseos más puros

Ciega
Entre tu pelo
Como la primera vez
De hace veintitrés años

II

Mi voz entre paredes de silencio
Raíz de árbol
Violetas como manos
Deshojándose

Es el quinto invierno
Y el alma solía hablarme de otras cosas

III

El cielo nunca es infinito

A mitad del vuelo
La ausencia nos mata
O el horror
De cualquier sombra

IV

La niña se desnuda
Ante el paisaje de los sueños
En el graznido de plumas

V

Esta fatiga inminente de la soledad
Esta voz
Multiplicada en la asfixia

Estas grietas
Estos muros

¿Son acaso mi cuerpo?

VI

Un murmullo en la voz del aire
En la ausencia de mi rostro

Que tiembla

Con tu mirada

VII

Nadie nos ordena huir
Nadie
Desatar la tormenta

Hasta asfixiarnos

VIII

Una niña nace de mí en el caos
Sólo para probar que existo
Que pertenezco
Finalmente
Al reino de los vivos

IX

Es esta la casa del abandono

Y yo
Que tiernamente dibujé
Un corazón amante de la lluvia

X

Nadie me despide
Nadie agita pañuelos

Ni él:
Mitad deseo-mitad tormenta

Hubo mañanas

–recuerdo–

Antes del rencor
Antes de los siglos

XI

La lluvia es azul
Los pájaros se han vuelto río

La que viste de blanco sueña
Con el hombre que le dio alas
No tiene miedo

Hoy

Por vez primera

XII

Bajo los lentes oscuros:
El llanto
Alguna cicatriz en la profundidad del ojo

Que cubre el armazón
El falso aumento

XIII

Al final del pasillo
Una mujer
Sobre la mesa del quirófano

–la plegaria de la muerte–

Salud de los enfermos
Ruega por ella
Refugio de los pecadores
Ruega por ella
Consoladora de los afligidos
Ruega por ella

La mujer

Soy yo

XIV

Cuánta sed en los cuerpos desnudos

Nadie dijo de la carencia

Basta mirar
Dentro de los ojos
El suicidio postergado
Una y otra vez

XV

En el ayer del instante
Hablé de lo que es sueño

¿Será que muere la apasionada del grito?

XVI

Si alguien me hablara del dolor
–anticipado canto de cuna–
Si alguien
En un futuro prodigioso

Yo no insistiría
En romper las cuerdas de la oscuridad

A pausas
                        El delirio

XVII

Después

Un campo lleno de cruces

El cadáver
De la mujer que escribe
Con el dedo índice de la muerte

XVIII

En la mirada
En la voz que se quiebra

                   El ángel
Confundido en mis nombres

Y yo que solía dibujarlo
Y yo que hablaba de sus alas

XIX

A plena luz
Naufragan las olas

El hombre soy yo
                        y la mujer

¿Quién otorga el deseo a la angustia?

Él escribe lo que yo:
Pájaros muertos en las manos

XX

¿Un pájaro en su jaula es mudez o locura?
Y si doy mi vuelo a cambio de la infancia

¿Podré salvarme?

XXI

A punto estás de nacer

A punto
De romper la luz
Con tu presencia

¿Es tan largo el camino del vientre hacia mis playas?



LOS GATOS

El alrededor: una casa vacía, el polvo sobre la mesa ausente de libros. En el jardín no cantan los pájaros, los que tú alimentas, los que llamas por su nombre, Samantha. Y nada podemos hacer. Sólo esperar, pacientemente esperar, a que la tristeza se marche como gato con la cola entre las patas.

Si supieras cuánto insisto, Samantha,
cuánto busco en mí la mujer que deseas.
En silencio tomo mi cabello,
mi cuerpo en la añoranza. Pero nada sucede.
Y es como si esa búsqueda revelara infinitamente
la condición de mi rostro,
en apego con su vejez.

Tú que sabes del miedo, de una maleta
que se rehace cada noche
como una batalla perdida de ante mano.
Él es mi padre.
Digo padre
y un adolescente se juega la vida
en la ciudad que es un lobo.
Sé que mi madre lo deseaba.
Sé que mi madre
se enamoró como ninguna otra mujer
y su cuerpo fue el cuerpo de la herida, la sangre,
el pulmón roto por el llanto.
Nadie lo ve partir,
nadie abordar ningún barco.

Sólo yo.
La niña que fui,
desfigurada por el tiempo.

Los gatos no son malos, Samantha,
y claro está que yo tampoco.

Aprendí a escribir a los tres años
y ya para entonces
me gustaban los gatos.

Al principio los cuidaba.
Los alimentaba puntual tres veces al día.
Después,
mucho después del precipicio y la sexta caída,
dejé que ellos me cuidaran
y fue por eso que aprendí su lengua.

Ahora, que los recuerdos son un tanto borrosos,
me quedo gato boca arriba
ronroneando a la noche.

Todo lo que toco se pulveriza:
el cielo suspendido de los pájaros, la niebla
en el cauce secreto del agua.

Me busco, me pregunto por el porvenir de estas dos manos.
Y nadie,
absolutamente nadie,
responde a mi extrañeza.

Recuerdas qué día es hoy,
qué año del dolor, de la angustia:
Hoy, Samantha,
tomo un nuevo camino
para la mujer que soy. El hombre.
En la puerta dejo las maletas del pasado.
Pero hay tanto silencio,
tanta noche
bajo los puentes donde el amor es una piedra.
¿Es así la muerte?

Cómo nombrarme, con qué mano escribir “tengo miedo”.
Nunca la soledad fue tan gris, la casa que busco
y no encuentro.
¿Quién cambia los registros, mi nombre,
el lugar, la fecha de nacimiento?
A veintiséis años de distancia, al fin, podrás entender
lo que es saltar de una cuerda a otra.
Qué es aquello, madre, que de mí guardas:
una fotografía, una carta, la hora puntual del alumbramiento.
Y yo, qué tengo de ti: tus manos, las cejas.
O sólo la ropa que inútilmente se prepara para el viaje.

Has cambiado tanto, Samantha.
Dime ¿a dónde se han ido los sueños? Las tardes de café
y cigarros baratos.
Caminas, pero no sabes a dónde ir:
cobarde, peregrina del insomnio y el abandono.

¡Si pudieras escribir la memoria!
Piensas en él, en Alejandra que es tu cuerpo y la historia que escribes
en el cuaderno azul,
de palabras tan vacío.
Si pudieras ser la ola de ese mar que se oculta.
Eres tan extraña, contradictoria acaso para la tristeza y la incertidumbre.
Cuando volviste,
cuando te hiciste presente por tercera vez,
él ya se había ido.
Tú no te diste cuenta
pero la historia era otra y otro el gato
apostando al viento su pelaje, tus ojos de víbora milenaria.

Por primera vez, soy feliz. Me miro, me contemplo acomodada en las palabras, en su brillo, y soy feliz. Respirar es dejarse caer de lo alto del cielo, al olvido. Mi nombre es éste: tan limpio, tan alegre, inquieto como si fuera un gato.

Samantha

Samantha

Samantha

Déjame merodear tu cintura,
tu corazón arrebatado por la noche.

Samantha, dame de tu boca, de tu amor.
Quiero estrujar tu vientre,
el laberinto fértil de tu vientre.

Samantha:

¡Despierta, por favor!

Voy de camino al sueño de la vigilia. La escalera es tan alta, la caída tan oscura. Voy a tientas, o más bien, a la velocidad de la sangre. Soy un gato partido en dos por el rayo de la muerte. Pero un gato, no muere. Ni Jesucristo ante la cruz y los clavos. Alguien dijo que subiera un escalón y ascendí dos veces la herida de mi rostro carcomido. ¿Desde cuándo dejaron de maullar las sombras?

Índice

Apuntes del cuaderno Azul. Vol. 1, de Samantha o La ciudad de los gatos, de Nadia Contreras se terminó de "imprimir" en Mexicali, B.C., México en enero de 2005, y su tiraje consta de "n" ejemplares. Se utilizaron para su composición tipografías Garamond de 10 y 12 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal.